



PALABRAS DEL AUTOR

Una idea de
Oscar Martínez

Santa Fe

Una idea de
Oscar Martínez

“Con el socorro de la historia, un joven puede, en cierto modo, adquirir la experiencia de la vejez, porque leyendo lo que se ha hecho, sabe lo que debe hacer, y mientras más instruido se halla de lo pasado, mejor se conducirá en lo futuro.”

Cicerón

Roma sirvió de asilo a todos aquéllos que fueron desterrados de otras ciudades de Italia. ¿Verdad que es asombroso, que de tan vil conjunto de pícaros y bribones, naciera la nación más sabia y virtuosa que existió jamás? Pero esto fue debido a que Rómulo decretó tan buenas leyes, inspiró al pueblo tal amor por la gloria y por la patria, y supo fijar de tal modo la religión, que durante siglos fue un pueblo de héroes llenos de virtudes.

Ciudad receptiva

La ciudad de Santa Fe es punto de destino de la inmigración del centro norte provincial, producto de la falta de oportunidades que lamentablemente una provincia desequilibrada presenta al hombre del norte santafesino. Con-

secuencia de la falta de protección a las economías regionales y a los cultivos industriales, que son el principal demandante de mano de obra en este sector postergado, resultado también de la tecnificación del campo, que ha incrementado sustancialmente la población urbana en relación con la rural, que decrece día a día. Con intuición más que raciocinio muchos de los postergados de ese norte amplio que incluye a las provincias vecinas, se asientan en Santa Fe con la esperanza de ser parte de una realidad distinta.

Este fenómeno de inmigración interna radica en la falta de políticas demográficas en nuestro país, de estadistas en nuestro tiempo que luchen contra las fuerzas centrípetas que consolidan no sólo la concentración poblacional, sino también la concentración de poder informativo, económico, social y político.

Concentración poblacional

Así como el país posee una concentración exorbitante en el área de Capital Federal y Gran Buenos Aires, denominada Area Metropolitana Buenos Aires (AMBA), la provincia de Santa Fe también posee una fuerte concen-

tración poblacional en las áreas metropolitanas de Rosario y Santa Fe.

Esta situación de concentración demográfica luego se traslada a diversos planos del quehacer humano y consolida el proceso en detrimento de un desarrollo geográficamente equilibrado. Sin embargo, contra lo que pudiera resultar del primer análisis, este proceso no sólo impacta de manera negativa sobre las regiones periféricas, sino que lo hace especialmente sobre las áreas urbanas receptoras de hombres y mujeres desterrados de su origen.

Las áreas urbanas se convierten en una verdadera Torre de Babel. Confluyen cada vez más numerosas expectativas y culturas. La pobreza urbana se conjuga con el desarraigo, el anonimato y la insatisfacción por las expectativas no obtenidas, mientras se conservan cada vez más en reducidos núcleos los valores fundacionales no siempre ubicados en la temporalidad vigente. Este proceso se halla en pleno desarrollo en la ciudad de Santa Fe, y su tradición de ciudad de largas siestas y

vecinos sentados en la vereda por la tarde se diluye por la consolidación de síntomas comunes a las grandes urbes.

Vicios de gran ciudad

Santa Fe se ha convertido en una ciudad violenta, como consecuencia de su nueva personalidad. Este síntoma no sólo pertenece a los sectores de más bajos recursos, que según el mapa del delito poseen estadísticamente la mayor cantidad de homicidios dolosos por habitantes de la provincia. Se manifiesta también en las luchas sociales, ideológicas, políticas y periodísticas. No puede dejar de señalarse que Santa Fe ha juzgado y condenado de manera definitiva a un vicegobernador, un intendente, un juez federal, un juez de menores, un arzobispo. Ha puesto en la picota a un ex gobernador y un ex intendente, a legisladores, rectores universitarios, líderes piqueteros y a las más recientes autoridades sindicales, entre otros numerosos casos dentro de los que pueden mencionarse periodistas, empresarios, políticos, funcionarios y dirigentes sociales. Y muchos de ellos han sido durante

largo tiempo figuras destacadas en la sociedad.

También es dable señalar que los intentos de diálogo social propiciados desde diversos sectores han tenido un éxito relativo por la existencia de posiciones antagónicas muy pronunciadas, que hacen que los nuevos intentos tengan la dificultad de encontrar posturas con brechas más pronunciadas.

Por último, la violencia se expresa en niveles cada vez más elevados de desigualdad y postergación comparados con el resto de las ciudades de nuestra geografía provincial. Puesto que no puede darse otro calificativo que violenta a la realidad de una ciudad donde uno de cada diez santafesinos depende de un programa social, donde 60.000 habitantes carecen de agua potable, donde más de veinte barrios se encuentran en tierras cuyos habitantes carecen de título de propiedad, donde los alumnos de las escuelas primarias pasan de grado sin saber sumar, donde la mitad de la población depende de la insuficiente aten-

ción pública de la salud. Violencia que se expresa en servicios de transporte deficientes, en servicios de recolección de residuos insuficientes y desiguales, en la convivencia de grandes núcleos poblacionales con basurales, desagües a cielo abierto y condiciones sanitarias aberrantes. Violencia que significa la transformación de la pobreza urbana en la marginalidad más pronunciada, donde se diluye el sentido de la familia, de la autoridad, y se pierde el estímulo por el progreso.

Ciudad romántica y conservadora

Santa Fe, de manera riesgosa y preocupante, conserva un halo de ciudad romántica y conservadora.

Romántica porque en reiteradas oportunidades construye sueños a los que se abraza con pasión, para luego frustrarlos tal vez con pasión similar. No pueden pasar inadvertidas las decepcionantes experiencias vividas durante los últimos años en cuanto a la reactivación del puerto, la construcción de un área industrial, la refuncionalización de la Esta-

ción Belgrano, la consolidación de una ciudad turística y el diseño de una administración pública eficiente.

El sueño de construir una Santa Fe solidaria y la esperanza de la reconstrucción rápida en los momentos posteriores a la inundación del Salado conviven con los desencantos demolidores producidos a posteriori por la brecha generada entre quienes resultaron afectados por la inundación y los demás santafesinos. Estos hechos constituyen un deshilvanado inventario de sueños que nos ha ilusionado y que luego ha sido motivo de frustraciones iguales o mayores a las expectativas generadas.

Conservadora en cuanto a que aquel sector de la sociedad que se expresa como agente de cambio constituye luego el obstáculo a vencer por el temor al mismo. El arraigo a lo malo conocido antes que el desafío de la transformación es una característica de la fisonomía de la ciudad. Es un síntoma de su mayor patología, cual es la de pensar que hay mucho que perder o que el tiempo y la evolución no requieren cambios para adaptarnos a las cir-

cunstancias. Hasta se puede decir que es una concepción conservadora equivocada, porque el presente indica que para conservar lo que se tiene o recuperar lo que se tuvo será necesario ser realmente transformadores.

Carece de sentido que Santa Fe, a esta altura de los acontecimientos, no haya implementado una real descentralización municipal, que la política social y la atención primaria de la salud no estén en manos del Municipio. Es poco sensato que no se intenten modificaciones en el sistema de representación del Concejo Deliberante y en el sistema vecinal, que no se busquen herramientas como el presupuesto participativo para paliar los desequilibrios existentes.

“La mala hora” de García Márquez pareciera ser el libro escrito para despertar la conciencia de los santafesinos o para mostrarlos reflejados en un espejo.

Reflexiones

Ante esta realidad, existe la posibilidad de que nuestra ciudad se reconstruya y sea sabia y virtuosa, no sólo en beneficio propio sino

de la provincia, la región y el país.

Ello es posible, y el ejemplo de Roma, si bien osado, puede servir. ¿No somos los santafesinos un conjunto de pícaros y bribones?

¿No lo es el político que dice que va a cambiar la realidad y ante el menor temor a poner en riesgo su situación de árbitro de la escena entierra las ilusiones de transformación de la comunidad y las suyas propias en función de mantener una situación de posición privilegiada?

¿No lo es el funcionario que se convierte en empleado y que en vez de conducir las políticas públicas se deja arrastrar por ellas, aún cuando sepa a ciencia cierta de su ineficacia e inoperancia?

¿No lo es el representante gremial que sólo cuida los intereses de la corporación y carece de visión para entender que la transformación es un hecho indispensable para la subsistencia, no sólo de sus representados sino del continente que los cobija?

¿Es acaso mejor el periodista que sujeta su opinión por la pauta publicitaria o que afila la daga como sicario avezado para aquél que

posee autonomía moral y no se sujeta al orden establecido?

¿No lo es el joven que no se atreve a recorrer el camino de la sana rebeldía y cree que el arribismo y la obsecuencia son el más fértil camino? ¿O el iconoclasta e irreverente que cree que por medio de un golpe mágico puede convertirse en el dueño del destino del conjunto de los santafesinos, sin respetar a los que con esfuerzo y sacrificio han logrado un justo reconocimiento?

¿Es más que un bribón acaso el vencido en disputas comarcales que culpa de sus frustraciones a los otros y que no ve lo yermo que es el resentimiento y lo fértil que resulta la auto-crítica?

¿Cómo podríamos llamar al intelectual que amparándose en sus convicciones y en el derecho a una opinión comprometida es capaz de crucificar a los que no profesan las mismas ideas, aún cuando su agudo juicio le demuestre la honestidad y compromiso de su interlocutor?

¿Cómo ser liviano al juzgar a aquél que puede vivir en un country custodiado por ar-

mas largas pero que no entiende que en esta realidad de desigualdades pueden matarle un hijo por un par de zapatillas?

¿Cómo no señalar al líder espiritual que no hace coincidir sus palabras con sus acciones y se convierte en rector del accionar de los demás sin juzgar el propio, abonando la creencia popular de que es posible profesarle fe a la sentencia "haz lo que yo digo, mas no lo que yo hago"?

¿Cómo dejar de mencionar al líder espiritual que por la vanidad de sus acciones tiene la soberbia de arrogarse la representación unívoca de los postergados, cuando la realidad una y otra vez le ha mostrado que no es así?

¿Cómo llamar a los que juzgan según conveniencia, lejos de la búsqueda de una real justicia?

¿Es que acaso no es un pícaro el que se queja del clientelismo mientras su sueño mayor es conseguir un puesto público, o el que recibe el beneficio del Estado y espera todo de él, renunciando a su propio sacrificio?

Es cierto que muchos padecen de limitaciones aberrantes, pero nos preguntamos si

acaso eran mejores las condiciones que tuvo Juan de Garay en el momento de la fundación de la ciudad, o las que los inmigrantes tuvieron que soportar a la hora de colonizar estas tierras. Si eran mejores las circunstancias que soportaron los siete mil santafesinos que junto al Brigadier López no sólo luchaban contra los malones de indios bravos sino también contra el centralismo porteño.

¿No es un pícaro el que se arroga la propiedad del conocimiento y hace de su apropiación un hecho en beneficio propio o de una facción? ¿No es un bribón el que no reconoce que una sociedad necesita orden y que no entiende que el orden debe contener el conjunto?

¿No es un pícaro el profesional que posee el conocimiento científico y que se aprovecha de él y no lo comparte aunque sea en cuentagotas para mejorar su lugar?

¿O el vecino que no arregla su vereda, no sólo el que la tiene en calle de tierra, sino aquél que vive en el asfalto y no se da cuenta de que de la puerta para afuera también es su casa?

¿No es un pícaro el empresario que sólo se preocupa de lo local cuando es sinónimo de su exclusivo interés?

¿Acaso no es un bribón el que se disfraza de lo que no es, o el que gana aún sin merecerlo y disfruta de ese éxito?

¿No es un bribón el que no aprende de sus errores y de los aciertos de los demás?

¿No es un pícaro el que pretende lograr respeto cuando no ha hecho nada respetable, el que pretende evitar sus responsabilidades y rectificar su rumbo sin pagar con tiempo y esfuerzo el precio de sus errores?

Estas palabras pueden parecer una autocrítica, pero nuestra intención no es otra que realizar un diagnóstico inspirado en el más profundo amor, que significa mirarse uno mismo y mirar lo propio pero con la honestidad más dura y profunda para no mentirnos, ni mentir.

Como Roma, Santa Fe puede convertirse en una gran ciudad, pero para ello necesitamos en primer término enamorarnos de nuestro

lugar, de nosotros mismos, mirarnos a los ojos y reconocernos y reconocer nuestros propios errores.

¿Cómo construir buenas leyes si no sabemos la realidad sobre la que tendrán que regir? ¿Cómo canalizar la pasión si no la abrazamos con la razón para llevarla al éxito?

Con la autoridad que nos da ser parte, con la autoridad que nos da el amor sincero por este lugar, es que pretendemos conocer la ciudad de manera profunda. Es por ello que hemos desarrollado esta investigación, que busca recorrer los contornos de Santa Fe de manera precisa. Con la esperanza de que pueda ser útil para quienes asuman el desafío de diseñar el ropaje necesario para que la ciudad luzca de la mejor manera para que vuelva a enamorar a sus habitantes y logre visibilidad y encanto en la provincia y el país.

Estamos seguros de que Santa Fe está destinada a concretar grandes proyectos, y que en breve se despertará de la siesta. Estamos seguros de que el espíritu de conquista de Juan de Garay y el de reivindicación de un país federal

del Brigadier serán nuestra guía. Que los santafesinos en lo más profundo de su corazón saben que tienen la suficiente fuerza y temple para conseguirlo.

En honor a estas convicciones y a este futuro que anhelamos, es que nos animamos a mirar y a decir, que es más que ver y hablar, con el convencimiento de que ello constituye un útil aporte.